

## RESEÑA

De Prácticas y discursos Universidad Nacional del Nordeste Centro de Estudios Sociales | Año 7, Número 9, 2018, Marzo | ISSN 2250-6942

Guber, R. (2014) (comp.) Prácticas Etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas de campo. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social (Ides)- Miño y Dávila Editores. 224 pp.

Andrea de los Reyes<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Licenciada en Comunicación Social. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste. Correo: andreadelosreyes@gmail.com.



Compilada por Rosana Guber, esta propuesta recoge fragmentos de las experiencias del trabajo de campo de diez antropólogas que ponen sobre la mesa la reflexividad como una estrategia metodológica necesaria para abordar las relaciones sociales que surgen durante una investigación.

¿Estuvieron las antropólogas condicionadas por su género o su

estado civil durante una excursión a un pozo petrolero o en una obra en construcción? ¿La maternidad obturó el diálogo con víctimas del abuso intrafamiliar o abrió la puerta de la identificación? ¿Está la antropóloga inmunizada de todo compromiso político en su intento de alcanzar la verdad? ¿Las técnicas de la etnografía tradicional permiten objetivar el rol del investigador en la complejidad de los fenómenos observados?

Las respuestas a estas y muchas otras preguntas sobre la práctica etnográfica se diseminan a lo largo de las 224 páginas de esta compilación publicada por el Centro de Antropología Social (CAS) del Instituto de Desarrollo Económico y Social (Ides), donde desarrollan sus tareas algunas de las autoras. La obra está estructurada en una Introducción y siete capítulos, en cada uno de los cuales las antropólogas reflexionan sobre determinados momentos del trabajo de campo en los que se sumergieron por meses o semanas para llevar adelante sus investigaciones. Cada apartado presenta las particularidades propias de objetos de estudios diversos y complejos, pero todos están unidos a través de un hilo conductor: la reflexividad.

La reflexividad que propone Guber, descrita en la Introducción, es un espejo como el de Narciso, un ejercicio, una práctica, un método en el que el antropólogo debe sumergirse, pero sin caer en la tentación de perderse en él. Ese espejo, compuesto por las palabras del propio investigador, debía mostrarlo con su persona, su género, su nacionalidad; en definitiva, con el estatus que lo habilita para ser quien interprete, describa y defina a los Otros. Determinado el concepto, la autora recorre las distintas vertientes etnográficas que desde la década del ochenta, e incluso antes, empiezan a ponderar la reflexividad como un nuevo ingrediente del proceso de investigación social. Y agrega: "El llamado postmoderno a la reflexividad supuso que el etnógrafo debía someter a la crítica su propia posición en el texto y en su narración" (2014, p. 16). Sin embargo, aún no se podía desentender de la confrontación dialógica del Yo y el Otro.

Más adelante desarrolla el ingreso del concepto de reflexividad en la academia argentina y hace una referencia a las tensiones que atravesaban los primeros antropólogos en sus prácticas, para luego reconocer que "una vez más fueron las mujeres quienes se pronunciaron sobre sus involucramientos en el trabajo de campo", advirtiendo así el aporte de Esther Hermitte y Hebe Vessuri (2014, p. 26).

La reflexividad es entonces la capacidad de "reflexionar", "objetivar" o "concebir" el propio lugar del investigador en el trabajo de campo, una problematización de su presencia, que es el disparador del libro. Las diez autoras ponen en palabras a lo largo de los siguientes capítulos sus caminos, y con esas palabras construyen su práctica etnográfica.

El primer capítulo presenta una de las claves del libro. "El trabajo de campo etnográfico consiste, pues, en un tránsito controlado y cada vez más explícito desde la reflexividad socio-culturalmente determinada de la investigadora a la población en cuestión", apunta Guber y luego da paso al trabajo de Diana Milstein, doctora en Antropología de la Universidad de Brasilia e investigadora adscripta del Ides. La autora de este tramo se encuentra con Bety, la directora de una escuela de villa La Florida en el partido de Quilmes, quien pone en escena una historia que se convirtió en un estandarte de la institución. En la década del ochenta, un "soldado anónimo" dejó en la escuela una bandera que se cree es la del crucero General Belgrano. La bandera para Bety, y luego para su comunidad, condensaba múltiples sentidos como el bien común, la justicia social, la experiencia bélica y la liberación nacional, de manera tal que como emblema se resignificó y convirtió en un estandarte para las protestas sociales de mediados de los noventa y principios de 2000.

La autora describe su perplejidad en la construcción de sentido que le brinda su informante a ese elemento bélico, pero indica lo siguiente: "Registrar mi desconcierto me impulsó tiempo después a comprender la perspectiva de Bety y sus decisiones, que con su reflexividad me indicaba el contexto significativo a partir del cual yo, y quizás otros, podríamos comprender los esfuerzos por recuperar el prestigio de la escuela pública" (2014, p. 49).

El segundo relato del primer capítulo es el registro de Lidia Schiavoni sobre su tarea en una comunidad aborígen en Misiones. La antropóloga esperaba abordar la cuestión del incesto, pero para poder ingresar en tan compleja temática requirió tiempo, compromiso y asumir que era necesario algún intercambio con sus fuentes, entonces se ofreció como capacitadora. A lo largo de su texto reflexiona sobre las limitaciones propias de las prácticas del investigador a omitir temas que no están en su "objetivo" y señala el caso de un grupo –en el que estaba inserta– que trabajó sobre violencia hacia las mujeres, dejando de lado conscientemente la cuestión del incesto. "Los abusos incestuosos estaban

en las bases psicológicas, sociales y parentales de muchas de las asistentes y de sus conflictos actuales", apunta y agrega que, no obstante, no se abordaba la temática. Para lograr el relato de esa experiencia tabú, la autora pone en escena la maternidad de hijas adolescentes como un punto de unión con sus interlocutoras. A través del intercambio se logra una extrema confianza e intimidad, que permite el relato de dos situaciones incestuosas de sus interlocutoras. "Lo que los antropólogos desean en el trabajo de campo es intimidad, pero es también lo que más temen", retoma Schiavoni citando a Markowitz y se pregunta cuál es el punto justo para una indagación de este tema. "Mi objeto analítico, el incesto, no hubiera sido posible sin que advirtiera la importancia de la interacción", argumenta (2014, p. 54).

El capítulo que completa la saga es la propia experiencia de Guber sobre la doble desaparición de José Ardiles, un piloto de combate de la guerra de Malvinas. A través de un relato personal, refiere la historia que la reúne con la hermana de Ardiles y da cuenta sobre el contexto de antimilitarismo que se vivencia luego del conflicto bélico y durante el retorno democrático. Pone en escena la dificultad para abordar a la "generación trunca" como una unidad unívoca e impoluta, y cómo esa generación excluye por completo al mundo militar, que es abordado como una corporación homogénea no distinguida por la edad.

Para finalizar da cuenta del contraste de las reflexividades del investigador con aquellos que quieren conocer. "Al analizar nuestras reflexividades descubrimos las sendas por dónde indagar y las formas de hacerlo" (2014, p. 61). No se trata entonces solo de acercarse a un informante clave, sino de un sujeto atravesado por su historia, su contexto y su conciencia.

El segundo capítulo firmado por Patricia Vargas y Cristina Villata se introduce en la etnografía del mundo del trabajo. En el primer tramo, Villata –magíster en Metodología de la Investigación Científica de la Universidad Nacional de Entre Ríos– aborda las relaciones de poder, recomendación y masculinidad en un pozo petrolero.

Tras un complejo acceso y posterior tránsito en un pozo petrolero, Villata logra dilucidar problemas que no se presentan durante sus entrevistas a los trabajadores: el consumo de alcohol, de drogas y violaciones en el pozo como una práctica recurrente. "Es posible que el hecho de ser mujer constituya una de las causas del silencio acerca de las prácticas sexuales entre hombres que ocurrían regularmente en los pozos petroleros", sostiene la auto-

ra y explica que esos abusos eran propiciados como un ejercicio de poder hacia aquellos que se inician en el trabajo. Allí puede reflexionar entonces que "la íntima relación entre el poder y el silencio me permitió relativizar la perplejidad inicial y comprender e interpretar de otro modo las reflexividades nativas que organizan las situaciones en el ámbito del trabajo petrolero" (2014, p. 73).

Patricia Vargas, doctora en Antropología Social de la Universidad Iberoamericana de México e investigadora del Ides, aborda la cuestión de la identidad en los trabajadores de la industria de la construcción y sobre ello da cuenta en la segunda parte del capítulo dos. En su texto reflexiona sobre cómo su pareja, supervisor de la obra que se convirtió en el ámbito de su trabajo de campo, la había demarcado como "pertenencia" frente a los obreros y había otorgado de alguna manera la protección de su honor al encargado de la obra, Mamani, un contratista boliviano de 43 años.

A partir de allí reflexiona: "A raíz de mi vulnerabilidad como mujer, quedaba liberada al posible acoso sexual por parte de otro hombre en caso de no ser debidamente vigilada por mi protector. Esto significaba que los hombres de la obra no confiaban en mi capacidad para defenderme de una situación de este tipo, a la vez que resultaba sexualmente apetecible y sospechada de seducir a los muchachos". Y agrega que había otros modos de expresión de la masculinidad en la obra, como asumir riesgos en el trabajo diario y consumir alcohol durante el horario laboral.

Para finalizar el capítulo, las autoras se refieren nuevamente al concepto de reflexividad como una categoría compleja con la que intentan dar cuenta del mundo nativo en sus propios términos y, recuperando a Geertz y Peirano, traducirlo para los interlocutores ideales del mundo académico, en un esfuerzo por enriquecer la teoría social (2014, p. 77).

Los capítulos tercero y cuarto, a cargo respectivamente de Laura Colobella y de Brígida Renoldi, ambas doctoras en Antropología de la Universidad Federal de Río de Janeiro, junto con el capítulo quinto a cargo de Alicia Méndez, doctora en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, abordan diversos ámbitos del trabajo etnográfico en cuanto a clase, temática y objetivo, pero tienen en común la necesidad de preservar el anonimato de sus fuentes en la publicación de sus trabajos. Las tres autoras repasan sus experiencias en el trabajo de campo que las lleva por una organización piquetera argentina durante los primeros meses del gobierno de Néstor Kirchner, la Policía Federal brasileña y las

elites del Colegio Nacional de Buenos Aires.

En el primer caso, la necesidad del anonimato surge de una amenaza de brujería hacia la investigadora, mientras que en el segundo el resguardo de la identidad de las fuentes estuvo vinculado al tema en cuestión: el narcotráfico en la Triple Frontera. La autora logra un acceso casi irrestricto a una delegación de la Policía Federal que le permite participar como observadora de detenciones, pero con "sigilo", un término utilizado indistintamente como "secreto". En el tercer caso –capítulo quinto–, la investigación sobre meritocracia y constitución de las elites argentinas en el CNBA posiciona a la autora en el lugar de transformar su objeto final de investigación a "pedido y consejo" de sus entrevistados que requerían reservar la identidad al momento de la publicación, quitando la posibilidad de poner en escena el rasgo identitario más sobresaliente de ese colectivo social: el prestigio de sus integrantes.

El capítulo sexto de Patricia Fasano, doctora en Antropología Social de la Universidad Federal de Rio Grande Do Sul y docente investigadora de la Universidad Nacional de Entre Ríos, aborda los dilemas sobre el proceso etnográfico de investigación del chisme y su publicación. La autora titula su capítulo *Enredada* para poner en palabras su experiencia durante el trabajo de campo que la llevó al encuentro de mujeres del Club de Abuelas, perteneciente al barrio La Pasarela de la ciudad de Paraná, en Entre Ríos. "El chisme –sostiene– es de ese tipo de prácticas que sólo puede ser conocidas participando en ellas ya que, para 'chusmear', es preciso estar inserto en cierta red, pertenecer a algún espacio social donde los chismes 'hacen' sentido". Aportando un análisis sobre su proceso de investigación e integración a esa red, Fasano expone que su libro se convirtió en "objeto" de chismes entre los vecinos del barrio que habían contribuido a elaborarlo, y que nada podía destrabar las creencias que se habían tejido desde su publicación. "El chisme –sobre el libro– estaba siendo usado para hablar de otras cosas que no podían ser dichas tan abiertamente, y que tenían que ver con cuestiones estructurales de las relaciones sociales. Tal vez, en este caso, se refería a la inevitable asimetría existente en el vínculo de investigación/intervención, a las ineludibles diferencias de clase social y la indiscutible violencia simbólica que supone cualquier proceso de investigación y publicación en las ciencias sociales" (2014, p. 174).

Para finalizar su capítulo, la autora propone una serie de con-

jeturas sobre porqué se enredó en el proceso de investigación, para concluir que "sentir en carne propia el sentido del chisme y cómo este regula las relaciones sociales" la obligó a re posicionarse en su práctica profesional.

El capítulo séptimo, con el que concluye el libro, pertenece a Laura Zapata, doctora en Antropología Social de la Universidad Federal de Río de Janeiro e investigadora adscripta del Ides. El artículo referencia una parte del proceso de investigación que la ubicó en diálogo con miembros de organismos eclesiales indigenistas de Neuquén, Formosa y la ciudad de Buenos Aires, y a la vez da cuenta de un proceso interno propio al poner en palabras su identidad. Zapata propone dejarse afectar por quienes operan como interlocutores durante el trabajo etnográfico. "Comprender cómo operan las actuales políticas de la diferencia, desde el punto de vista de quienes las producen, que los analistas (con sus emociones, conciencia, perspectiva teórica y experiencia) 'hayan sido atrapados', por esas políticas; que le da estatuto a la palabra nativa y que, por un movimiento teórico que regresa sobre esas situaciones de afectación, aprehendan su proceso de involucramiento, revelando desde esa posición los rasgos del fenómeno sobre estudio y los (nuevos) conceptos antropológicos que le permitieron comprenderlo" (2014, p. 187).

Prácticas Etnográficas permite algunas lecturas relevantes sobre el trabajo de campo en las ciencias sociales y su paso a la escritura, pero también abre la puerta a la reflexión sobre el mundo académico, las discusiones internas y la validación del conocimiento.

Las autoras, con una interesante diversidad de trayectorias y temáticas, ponen una lupa sobre el momento en que se inicia el recorrido. Los miedos, las preocupaciones, sus propios prejuicios y juicios respecto a sus interlocutores, ubican en el centro de la escena una idea que atraviesa todo el libro: las relaciones sociales y personales que se entretajan durante el trabajo. ¿Cuál es el límite del involucramiento para no terminar enredada?

De lo que no pueden eludir las antropólogas es de su género que, en menor o mayor medida, condicionó las relaciones que establecieron con sus fuentes sean varones o mujeres. Sin dejar que esa condición sea una clausura, apostaron con este libro a trabajar la reflexividad para pensar y pensarse en el trabajo de campo. A lo largo de su experiencia comprendieron que para conocer a Otros tenían que conocerse a sí mismas.